



Ilustración de Pablo Picasso para
"Taxonomías del poder animal." 1965

LA POLÍTICA DEL ELEFANTE ARQUITECTÓNICO

El elefante alcanza una **dimensión** que roza los 4 m. de altura y un peso de hasta 6.000 Kg. Es, sin duda, el mayor de los mamíferos, categoría incierta que Walter Horace Opusín incorporó con naturalidad a sus *Taxonomías del Poder Animal*.

Opusín observa que el **movimiento** del elefante se halla severamente restringido por su propia corpulencia. Esta lentitud, lejos de ser presentada como un problema, se exhibe como **estrategia**: inmóvil, ocupa el espacio; quieto, lo domina por inercia.

La piel del elefante es, en casi toda su superficie, gruesa y opaca, diseñada para repeler agresiones. No obstante, la naturaleza, siempre aficionada a las paradojas, le ha concedido zonas de extrema sensibilidad en torno a **los ojos y las orejas**. Allí la dermis se afina hasta volverse delicadísima. Este rasgo, unido a un **oído extraordinario** para percibir todo aquello que le amenaza, le permite detectar sonidos de baja frecuencia a distancias considerables.

Su vista, en cambio, es mejorable. Miopes por naturaleza, los elefantes distinguen mejor lo cercano que lo lejano, lo inmediato que lo posible.

INERCIA Y PARÁLISIS ESTRATÉGICA

La política del COAM se organiza como una epidermis resistente: discursos cerrados, procedimientos repetitivos y narrativas autorreferenciales que se protegen de cualquier revisión externa ante susurros de desafección, ironías, o críticas públicas.

Tales disensos suscitan en el colegio una incomodidad inmediata, que se propaga con rapidez entre sus dirigentes, pues se trata, como es sabido, de una criatura profundamente gregaria: lo importante no es el problema, sino no quedarse aislado.

Responde valiéndose de sus gruesas patas administrativas, **cuya lentitud es inversamente proporcional a su contundencia burocrática.**

MIOPE ANTE EL FUTURO, HIPERSENSIBLE ANTE LA CRÍTICA

De ahí que sus decisiones se orienten siempre hacia el presente visible -actos protocolarios, gestión interna- y raramente hacia consecuencias futuras: **una profesión precarizada, la pérdida de relevancia social, la migración de jóvenes talentos hacia otros espacios lejos del COAM.**

Opusín sugiere, no sin cautela, que esta carencia visual explica la tendencia a confundir la táctica con la estrategia, el plano con el mapa y, en este caso, la crítica con el enemigo.

La Junta de Gobierno del COAM se defiende negando la pertinencia de las críticas, no impugnando su origen sino su tono, como si la forma invalidara el fondo. La crítica externa se vuelve, por decreto, en un ataque personal a la Institución, en lugar de un espejo incómodo de sus propias contradicciones.

EL DILEMA DE LA INMOVILIDAD

No sabemos -concluye Opusín, con ironía sutil - si el elefante del COAM sobrevivirá a los cambios de su entorno o si, fiel a su estilo, permanecerá inmóvil tratando de pasar desapercibido, lo que en un ejemplar de su volumen no deja de ser paradójico.

Tampoco sabemos si el COAM, atrapado en su propia imagen de gigante imprescindible, se dará cuenta a tiempo de que no es el tamaño lo que legitima, sino la capacidad de escuchar, cambiar y representar de verdad a una profesión que ya no se reconoce en su discurso dominante.